

Diablotexto **Digital**

LUIS MATEO DÍEZ: *LOS DESAYUNOS DEL CAFÉ BORENES*
Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2015, 175 pp.

CLARA MONZÓ
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

“Las apasionantes complejidades de la literatura y las desagradables complicaciones de la vida”. Estas dos perspectivas se ofrecen en *Los desayunos del Café Borenes* como condiciones convergentes, asimiladas bajo la mirada única de quien ha vivido al amparo de los libros. Más que una novela, el volumen se escinde en dos textos independientes pero complementarios donde ficción, memoria y narración polifónica transitan al abrigo del certero lenguaje de Luis Mateo Díez.

El primero de los textos, de título homónimo al de la obra, dibuja el que va a ser el escenario fundamental: el Café Borenes, unas coordenadas cotidianas donde los personajes van apareciendo sin ruido de fanfarria entre los golpecitos de las tazas. El punto de partida es, por lo tanto, sencillo, y se articula en torno a los encuentros diarios del escritor Angel Ganizo y su tropa. Un café que inaugura las mañanas de los camaradas y que enlaza hacia el pasado con la tradición de las tertulias literarias. De haber en esta perspectiva nostalgia de otros tiempos y otras mesas es, en todo caso, una de las múltiples vertientes con las que se traza una obra —“un opúsculo”, dirá Luis Mateo Díez— que, como los cafés, está compuesta por obras sucesivas.

En la reunión de Angel y sus contertulios, la percepción del Café aparece delimitada, y consecuentemente presentada al lector, a la medida del novelista y sus hipocondrías. Ante la ausencia de rasgos físicos, sus compañeros de café



se escudan en su nombre de pila, pero el peso de su construcción se reduce a la asociación entre personaje y discurso; un nombre propio y un posicionamiento al respecto de la materia literaria. Así, paulatinamente conocemos a este clan de “desayunadores”: Lezama, la mano derecha reconvertido en némesis crítico; Vericio, el de los chascarrillos; Silvia, la apuntadora infalible; y los figurantes, Cremades y Tello Ercina. En este pretexto argumental de los encuentros, se entreteje esa otra obra, una de corte metapoético que centra su mirada voraz en el germen de la escritura misma. Sobre el Borenes se proyecta entonces una panorámica con muchas fauces que pretende morder los entresijos de una literatura entendida como multiforme. Para los personajes, sin embargo, no deja de ser un paraíso de barrio, construido sobre unas bases que, en realidad, nunca fueron sólidas y que se sostienen a fuerza de una determinación que apuesta por nadar a contracorriente. Los contertulios, tal vez amigos, aunque eso es lo de menos, se aferran alrededor de la mesa al nexo que los mantiene unidos: la supervivencia.

Simultáneamente y con rotunda riqueza sintáctica se cruzan en haz las voces narrativas: las pesadumbres de Ganizo, la acidez de Lezama o la intervención de un narrador súbito, que decide moderar en el juego dialógico. De este modo, los desayunos se disponen a modo de retales sobre una línea discontinua, donde los interlocutores toman las riendas del discurso a su antojo entre cafés y churros. El tejido emergente de este coloquio poco convencional, con ciertas reminiscencias del diálogo griego, radiografía el esqueleto de una literatura evidenciada como producto de mercado. Las reflexiones primeras de Angel asumidas como locura, funcionan como pistoletazo de salida al tiempo que legitiman la conformación de un catálogo crítico de los principales agentes interventores en el hecho literario. La materialización de la “enfermedad literaria” se esgrime tácitamente entre los miembros del Café como símbolo irredento de su resistencia.

Por el refugio discursivo del Borenes desfilan editores, editoriales y, para desasosiego del protagonista, a menudo novelistas. El intercambio, a veces punzante, a veces humorístico, casi siempre mordaz, de puntos de vista, saca a relucir el cambio en los mecanismos que regulan las leyes del libro. Expuesto



desde un escaparate, un libro ofertado ya no al enfermo, sino al comprador. Angel se entrega a la crudeza de sus amigos como a sus lectores, con la inseguridad y las fobias del escritor cansado, que languidece al mismo tiempo que la ciudad, los cuerpos y la novela misma. En las reuniones diarias no hay cabida para anécdotas cotidianas, o tal vez el narrador haya decidido no seleccionarlas para nosotros. Pues es en aquel ofrecimiento de Angel donde Lezama y el resto encuentran su identidad, en la consciencia de saberse lectores utópicos, deseables, amantes literarios a la antigua usanza.

La punzada de esta enfermedad literaria y el debate a muchas voces cede el paso en el siguiente texto a una sola voz: la del autor. En *Un callejón de gente desconocida*, Luis Mateo Díez deja que sea el yo quien asuma los riesgos de una narración-testimonio concebida a modo de poética sobre la construcción novelesca. Esta segunda parte, de corte ensayístico, se propone como un cuasi decálogo que permite delimitar un *ars scribendi* asumido con firmeza. A través de las nueve secciones que la conforman, la obra explora los caminos de la ficción y se muestra como “un recuento” de varias caras, al mismo tiempo testimonial y pedagógico. La exposición identitaria de su autor conecta con la locura de Angel Ganizo y la transforma aquí en obsesión, por sus novelas, por el proceso de escritura y, aún más, por la palabra misma.

¿Pero por qué este *callejón*, estas *gentes desconocidas*? Hay en estas páginas un sincero elogio, desprovisto de cursilería, de la imaginación, que regresa en parte a los modos de construir de la mente infantil. Luis Mateo Díez da un firme voto de confianza a la materia de los sueños, a la fantasía, entendida dentro de una narración sin limitaciones autoimpuestas. La figura del novelista, en tanto que creador, se eleva sin tapujos al rango de demiurgo y es aquí donde la creación de universos y realidades se reivindica, en contraste con este ritmo social nuestro estigmatizado por el pragmatismo, como una merecida hazaña histórica:

Nada hay más saludable para la vida que incrementarla, aunque sea inventándola. La deuda que la humanidad tiene con los fabuladores, con los artistas en general, es como poco paralela a la que tiene con los grandes inventores que han venido allanando la precariedad de la existencia humana. Una deuda, en cualquier caso, con el ahondamiento genuinamente imaginativo de la condición a la que pertenecemos.



La materia literaria se hace tan tangible en los dos textos que conforman *Los desayunos del Café Borenes* que hace innecesario tratar de buscar entre ambos puntos en común ocultos. En el primero, los vértices de las voces narrativas acaban por fundirse con disimulo para aventurar el perfil de un único gran personaje en forma de una corriente de pensamiento que recoge el testigo en el segundo. Y, subyacente en el fondo, en este díptico coherente late la invitación a ser leído como una poética, erigida sobre el diálogo entre el escritor, sus desayunadores o el conjunto de sus fantasmas literarios. Una apología que ensalza la ficción, ese callejón que es la novela, no solo como el oficio del autor, sino como una salvaguardia para aquellos, escritores o lectores, que decidieron fundir la vida con los libros.